

## Virtudes para construir la paz

*Iniciamos el año 2012 sin la amenaza del terrorismo etarra o, al menos, viendo cómo su figura espectral se aleja de nosotros. Las pasadas elecciones generales, de noviembre de 2011, han sido las primeras elecciones democráticas desde el inicio de la transición que nuestro país ha podido celebrar sin la presencia de esa presencia violenta. El anuncio del abandono definitivo de la violencia por parte de ETA es un paso muy importante en la dirección adecuada, que deberá confirmarse en los próximos meses. Hay que aclarar, como hizo la Conferencia Episcopal Española en su nota del 21 de octubre de 2011, que la sociedad «no puede reconocer explícita ni implícitamente a una organización terrorista como representante político de ningún sector de la población».*

*En todo caso, la construcción de una convivencia en paz, especialmente cuando la violencia ha estado tan presente durante décadas, no es un reto fácil. Es un reto de envergadura, que debe involucrar a los diversos actores que conforman la ciudadanía. En estas páginas queremos ofrecer algunas reflexiones para ayudar a construir la paz, inspiradas en la tradición ético-cristiana de las virtudes. Para construir la paz no bastan los buenos deseos e intenciones; es preciso poner en juego toda la fuerza creativa (virtus: fuerza, vigor, virtud) en el plano personal, social e institucional.*

## Virtudes teologales

### *Esperanza*

Es indudable que el anuncio de ETA de abandonar definitivamente su actividad armada, el día 20 de octubre de 2011, ha generado en la sociedad un sentimiento de esperanza bastante extendido.

En esa dirección se han pronunciado muchas voces en el País Vasco y en el resto de España: políticos, sindicatos, empresarios, entidades sociales, líderes eclesiales, movimientos cívicos... La opinión pública a pie de calle ha coincidido, de manera generalizada, con esta opinión. Una excepción significativa ha sido la de algunas —no todas— asociaciones de víctimas del terrorismo.

La esperanza abre un horizonte nuevo, más amplio, menos tenso, más lleno de posibilidades. La esperanza viene asociada a un sentimiento de desahogo, de alegría, en ocasiones incluso de entusiasmo. La sensación de soltar un lastre que nos amarra permite mirar al futuro con nuevos ojos y nuevas energías. Conviene recordar, desde el principio, que la esperanza no es mero optimismo, ni mucho menos optimismo ingenuo. Habrá que sopesar la situación y los avances con realismo, evitando caer en entusiasmos incautos que pueden resultar contraproducentes. Eso es cierto. Pero, de entrada, es preciso reconocer que el sentimiento inicial dominante en la sociedad ha quedado marcado por la esperanza y que debemos alimentar esta virtud a lo largo de todo el proceso que tenemos por delante.

### *Caridad*

La segunda virtud que necesitamos poner en juego es la caridad. Mantenemos conscientemente este nombre, clásico en la tradición cristiana y quizá hoy relegado de la vida pública. Y lo hacemos precisamente para no banalizar su realidad y para reivindicar una interpretación fuerte de la misma, que es a la vez paradójica, exigente, desconcertante e imprescindible. Hablar de caridad significa hablar de compasión, de cercanía a las víctimas, de magnanimidad, de perdón. Todas ellas son palabras serias y recias, que no podemos ni manipular ni trivializar. Construir la paz y luchar por una convivencia reconciliada tendrá graves exigencias, algunas de las cuales podemos agrupar bajo este epígrafe de la «caridad política».

---

## Virtudes para construir la paz

Hablar de caridad, y no de amor, evita en este caso caer en sentimentalismos fáciles y contraproducentes. Hablar de caridad, y no de solidaridad, permite en este caso reconocer que no estamos ante la mera reciprocidad entre iguales. Hay víctimas y hay victimarios, y entre ellos no puede haber simetría. Hablar de caridad, pues, nos lleva directamente al movimiento agápico de Dios Padre, amor asimétrico que se entrega gratuitamente. Se trata, por tanto, de una caridad gratuita y no forzada; real y no fingida; exigente y no superficial; constructiva, que no deja la realidad como estaba.

Fe

La tercera de las virtudes teologales es la fe. En este caso —y junto a la ya mencionada esperanza— han surgido también dudas, titubeos y vacilaciones. Es normal que así sea. Pero, al mismo tiempo, parece sensato hacer una llamada a la confianza, a la fe como virtud o fuerza constructiva del futuro que comenzamos. Nos referimos, pues, a la fe en el sentido (no teologal) de confianza antropológica. Ahora bien, no se trata de confiar en ETA, como si eso fuera lo más importante. Lógicamente, los ciudadanos se preguntan si el anuncio de ETA es sincero. Más aún, ¿hay un cambio real y profundo de actitud en los etarras o es una mera estrategia pragmática? Esas preguntas y dudas son razonables, y la respuesta no es fácil ni unívoca.

Sin embargo, no nos parece que sea eso lo central. Más bien, nos referimos a la necesidad de recuperar la fe en la propia sociedad y su fuerza regeneradora, de creer en el ser humano, de confiar en la capacidad de construir una convivencia en paz. Ante estas cuestiones, cada uno, y la sociedad en su conjunto, debe preguntarse a niveles muy hondos: ¿creo o no creo?, ¿tengo fe en la bondad humana, en la capacidad de arrepentirse, pedir perdón y perdonar?, ¿creo en el futuro de una vida digna para todas las personas?, ¿confío en los otros, en la sociedad que vamos creando, en las oportunidades para superar la violencia? La pregunta queda abierta, como casi siempre que nos referimos a cuestiones de fe: habrá creyentes firmes, titubeantes, agnósticos, dudosos y escépticos, como habrá también no creyentes convencidos. Desde la tradición centenaria de nuestra revista *Razón y fe*, nos gustaría animar, también en este ámbito, a un razonable planteamiento creyente. Como decía el lema de la candidatura de Donostia-San Sebastián como capital europea de la cultura en 2016, creemos que se pueden generar olas de energía ciudadana a favor de la convivencia.

## Virtudes cardinales

### *Prudencia*

Ya hemos mencionado que la esperanza no puede ser ingenua ni alocada. Una de las virtudes básicas que hay que poner en juego a lo largo de todo el proceso de pacificación y normalización será, sin duda, la prudencia. De hecho, la tradición ética considera que es una virtud central, que se convierte en medida del resto de las virtudes y hace posible concretar los principios generales. La prudencia permite clarificar y valorar una situación determinada, inspirar decisiones e impulsar a la acción (cf. *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, n. 547). Veamos cómo esta virtud puede iluminar el asunto que nos ocupa.

Si seguimos a santo Tomás de Aquino (*Suma de Teología* II-II, q. 49), el ejercicio de la prudencia debe combinar al menos tres elementos: la memoria como análisis de la propia experiencia pasada; la inteligencia y la sagacidad como exploración de la realidad presente con el propio razonamiento; y la llamada ‘docilidad’, entendida como capacidad para extraer lecciones desde la experiencia ajena. Desde aquí, cuando encaramos el fin del terrorismo de ETA, debemos combinar lo que ha sido nuestra experiencia en las décadas pasadas (memoria de las víctimas, memoria de las negociaciones frustradas o memoria de la fractura social, entre otras); la valoración del momento actual, combinando todos los datos políticos, económicos, policiales o culturales que tengamos a nuestro alcance; y, finalmente, ser ‘dóciles’ y estar abiertos para aprender de procesos más o menos semejantes. Todo ello nos lleva a ser prudentes, a no echar las campanas al vuelo, a saber que el proceso será lento y quizá haya momentos de desconcierto. Pero también nos debe llevar a ser prudentemente animosos, apostando por un proceso sin marcha atrás. Por poner un único ejemplo, en el caso de Irlanda del Norte, pasó toda una década entre el acuerdo de paz de Belfast (1998), la renuncia a la lucha armada (2005) y el desmantelamiento oficial del IRA (2008).

### *Justicia*

Si algo hemos aprendido de la experiencia internacional en resolución de conflictos violentos a lo largo de las últimas décadas (empezando por Sudáfrica tras el *apartheid*, pero también en Perú, El Salvador y muchos otros lugares), es que lograr la justicia es un proceso complejo que

implica diversos niveles. No es casualidad que en todos esos procesos se hayan creado comisiones de «verdad y reconciliación». Primero hay que conocer y reconocer la verdad de lo ocurrido, de los crímenes cometidos; y debe actuar la justicia. Sin eso, pretender hablar de perdón o de reconciliación es falso, prematuro, hiriente, interesado o tergiversador. Ningún proceso de pacificación que pretenda ser estable y duradero puede construirse sobre la injusticia.

Ahora bien, en estos años también hemos aprendido que hay diversos niveles y enfoques de la justicia. Por ejemplo, en las páginas de este número monográfico de *Razón y fe* se pueden encontrar algunos artículos que desarrollan sugerentes reflexiones y experiencias centradas en la justicia restaurativa o justicia transicional. Es claro que el núcleo de la justicia no se refiere al castigo ni, mucho menos, a la venganza. Tampoco se puede apuntar a la caridad o al perdón para evadir la justicia o dejar de asumir las responsabilidades correspondientes. En el caso que nos ocupa, una de las cuestiones a resolver, sin duda difícil y polémica, se refiere a los presos etarras. Incluso si la prudencia pidiese estudiar algunas medidas de generosidad, éstas nunca podrán saltar por encima de la justicia. Por otro lado, nos parece que el posible traslado de los presos a cárceles vascas queda fuera de esta consideración, ya que la dispersión ha sido una realidad anómala, quizá justificable en momentos de situación anómala; pero, cuando desaparece la amenaza terrorista, lo sensato es volver al estado habitual del reglamento general penitenciario. Lo cual no es sólo una cuestión de justicia y de humanidad, sino también un posible paso en el camino hacia la reinserción y la reconciliación.

### *Fortaleza*

La virtud de la fortaleza se presenta como algo central y esencial en el momento que vivimos. Uno de los efectos más demoledores de la violencia a lo largo de estas décadas ha sido debilitar la sociedad, fragilizar su entramado ético. Ha habido demasiada indiferencia y, en ocasiones, casi apatía ante las víctimas; demasiada justificación, legitimación o incluso exaltación de la violencia; demasiada connivencia ante una situación anómala. Así como hubo toda una generación que siempre vivió bajo el franquismo, ahora tenemos toda una generación que siempre ha vivido bajo la sombra del terrorismo. Todo esto significa que tenemos una sociedad frágil, más débil de lo deseable. Por ello, uno de los retos planteados es recuperar la fortaleza ciudadana, el vigor ético, el coraje constructivo.

También es cierto que no partimos de cero. En estos años ha habido dignos ejemplos de fortaleza personal y cívica. Por ejemplo, cuando en determinados ambientes se ha producido la exaltación de la violencia como modelo de fortaleza, ha habido personas que han sabido mantenerse firmes y coherentes en su dignidad ética de seres humanos y ha habido también iniciativas ciudadanas, como *Gesto por la paz*, que han sabido oponerse a la indolencia. O, por otro lado, cuando en otros contextos se ha optado por una respuesta represiva también violenta —confundiendo fuerza y fortaleza—, también ha habido voces que han defendido consistentemente la fuerza de la razón, la fuerza de los derechos humanos. Es sobre estos ejemplos sobre los que debemos apoyarnos en la tarea de construir la paz. Paradójicamente, el debilitamiento ético que constatamos en la sociedad vasca y española, permite percibir también la propia fortaleza allí mismo presente. Siguiendo a los clásicos, conviene recordar que el ejercicio de la fortaleza va a requerir en estos tiempos grandes dosis de magnanimidad, paciencia y perseverancia.

### *Templanza*

El conflicto vasco, como todas las situaciones de violencia, tiene una fuerte carga emotiva. Los diversos actores implicados tienen distintas sensibilidades, experiencias y percepciones de la misma realidad. Como tal, la espiral de violencia agudiza estas posturas contrapuestas. Es fácil caer en la ira, en la provocación o en la susceptibilidad excesiva. Por ello es vital fomentar la virtud de la templanza, que puede servir para atemperar determinadas tendencias que, siendo quizá comprensibles, no ayudan a construir la paz.

Hay distintos actores públicos en la sociedad vasca y española. En el nuevo contexto, unos pueden estar tentados de protagonismos personales o grupales, otros de afán de revancha, otros de orgullo hiriente, etc. A todos ellos, la virtud de la templanza les debería llevar a moderar sus planteamientos particulares y a ampliar la perspectiva para mirar el reto común planteado, la construcción de una convivencia en paz.

### **Para concluir, virtudes cívicas**

Hemos planteado en este editorial la necesidad de poner en juego las capacidades éticas de las personas, de las instituciones y de toda la

---

## Virtudes para construir la paz

sociedad para afrontar, conjuntamente, el reto de construir una convivencia en paz. Hemos articulado nuestro discurso a partir de las virtudes clásicas, entendidas como fuerzas creativas. Queda ahora convertir esas virtudes en auténticas virtudes cívicas y practicarlas en la vida cotidiana. No podemos olvidar que la virtud es el hábito de obrar bien, que se obtiene precisamente por una práctica repetida con constancia. Seremos virtuosos y construiremos la paz, si practicamos las virtudes. Las concreciones serán muchas, difíciles y apasionantes. Además de las ya mencionadas, y siguiendo al profesor de ética Xabier Etxeberria, podemos identificar algunas de las virtudes cívicas necesarias en estos tiempos como el respeto, la compasión, la valentía, la mansedumbre o la perseverancia. Además, deberíamos recuperar para la vida pública otras virtudes como la creatividad, la humildad o la participación. ■